

Martín de Ugalde: "Un real de sueño sobre un andamio"

C.A.

Cuadernos [Paris], 1957-11/12: 104-105.

Hemos leído con atención y simpatía, crecientes a medida que nos adentrábamos en su lectura, la breve colección de estampas literarias que bajo el título de una de ellas, laureada en un concurso celebrado en Caracas ("Un real de sueño sobre un andamio"), acaba de publicar en la capital venezolana un vasco de suelta y garbosa pluma, Martín de Ugalde, emigrado en aquellas tierras, ahora, al parecer, de promisión.

Vaya por delante nuestro reconocimiento de las dotes de observación del autor, de su calor humano y de su estilo ágil, expresivo, trepidante en ciertas páginas y siempre ameno y pintoresco. Algunas de sus estampas, como la rotulada "Un día de playa", son una epopeya prosaica de la inmigración. Se resumen en ella, mejor que en uno de esos libros pedantescoamente llamados de sociología, los afanes, las aspiraciones, estímulos para la lucha y efímeras ráfagas de desaliento que mueven al inmigrante en la próspera Venezuela, a ese inmigrante a cuya "ancha esperanza" dedica Ugalde su libro. Es esa una páginas que, pese a su prolijidad, no cansa y que retrata con exactitud realista y con agudeza psicológica un período de la vida venezolana, el contemporáneo, caracterizado por la atracción que ejerce sobre muchas gentes el auge material y económico de aquel país.

Otra estampa, "El Cacho", denuncia una perfecta identificación del escritor con el alma popular venezolana, con sus costumbres y su lenguaje. En este último aspecto el libro de Ugalde representa una rica aportación de vocablos, giros y expresiones tomadas del habla corriente, de sumo interés para el estudio de las transformaciones que los modos de decir castellanos experimentan bajo la influencia de un medio geográfico y social muy diferente del originario, de los modismos locales y de las corrientes idiomáticas que en aquellas tierras se dan cita. La figura del viejo pescador Ñelo está diseñada con vigor y de mano maestra y ella por sí misma anima este cuadro indígena tan colorista y bien logrado.

En todas estas estampas, en todas, hay una palpitación humana, una inquietud o una angustia propias de nuestro tiempo, de las que el escritor se compenetra como si para mejor diseñarlas se hiciera de ellas solidario.

Un reparo, que no afecta a su calidad literaria, hacemos al libro de Martín de Ugalde. ¿Por qué llamar "cuentos" a estas estampas, que sin duda alguna no reúnen las características concretas de ese género? Acaso la única que pudiera llevar tal denominación es la titulada "Punto y aparte", que es, en efecto, un relato, algo que se puede contar –que eso es el cuento, en suma. El rótulo "cuentos", bajo el que se cobijan estas brillantes páginas no es el adecuado. Se está llamando hoy novela, novela corta o "nouvelle" –como dicen en Francia a ese término medio entre la novela y el cuento– y cuento a composiciones literarias que no lo son, porque carecen de lo esencial para serlo, que es una acción que se desenvuelve ante el lector mediante un relato o narración más o

menos afortunados. Cuando Unamuno escribió *Niebla*, que es novela, pero descarnada, a la manera unamuniana, sintió el escrúpulo de llamarle novela, dudando acaso que lo fuese, y le llamó "nivola". Habrá que buscar un nombre adecuado para estos estudios psicológicos, introspecciones, etc., más o menos amplios, para que nos entendamos y no se confundan las cosas.

Son cuentos o "nouvelles" los de Bocacio, los de Chaucer, los de Dickens y las historias extraordinarias o fantásticas de Poe –no todas– y de Hoffmann. Son cuentos, modelo en su género y de gran ejemplaridad, los del infante don Juan Manuel en el *Conde Lucanor*; son verdaderas "nouvelles" o cuentos los de Maupassant y la condesa de Pardo Bazán, por ejemplo, porque hay en ellos *materia contable o relatable*. Y done no hay esto no hay cuento, aunque haya un estudio penetrante de un estado de alma, una bella descripción, una excelente obra n suma, digna de todo encomio, pero a la que el rótulo "cuento" se le despega. Tal es el caso de estas vivaces y lucidas páginas de Martín de Ugalde, que sinceramente elogiamos y recomendamos.

Para este nuevo género, fruto de nuestro tiempo, de las angustias de nuestra época, acaso de las exigencias del lector contemporáneo, habrá que buscar un nuevo nombre.

No he de ser yo quien se lo adjudique. Doctores tiene la santa crítica que se lo sabrán encontrar.